

LA MEDIA LUNA
DE ARENA

Fausto Vitaliano



Tras veinte años de servicio en el norte del país, el subteniente de carabinieri Gregorio Misticò –conocido por todos como Gori– regresa a San Telesforo Jónico, el pueblo calabrés donde creció. La verdadera razón no la conoce más que Nicola Strangio, amigo de la infancia y oncólogo en un hospital de Milán. Los pocos habitantes que siguen viviendo en la localidad ven a menudo a Gori dirigirse hacia la pequeña playa de Pàparo, una media luna de arena blanca y sin sombra, donde anidan los gansos y el mar brilla como el más nítido recuerdo de juventud. Gori está decidido a tomarse por fin las cosas con calma, a disfrutar de una vez de la espuma de los días. Sin embargo, cuando el joven sargento jefe Costantino le pide ayuda para resolver el asesinato del aristócrata Vittorio Celata de Lauria, algo en lo más profundo de sí le dice que no puede negarse...

Gori Misticò y sus cáusticas observaciones y su incontrolable pasión por una Calabria dividida entre la modernidad y las tradiciones. Gori Misticò y su irreductible esperanza y su tenaz amor por la vida que ni el paso del tiempo ni el disgusto por la mediocridad logran borrar jamás. Un noir genuinamente mediterráneo, lleno de humanidad. Un placer absoluto para los amantes de Italia, del género y de la buena literatura.

Índice de contenido

Cubierta

La media luna de arena

Primera parte

Segunda parte

Tercera parte

Agradecimientos

Sobre el autor

Notas

*Para Alberto, mi amigo, mi hermano,
la razón por la que me encuentro aquí.*

La batalla la gané y la perdí lejos de los testigos, en la retaguardia, en el gimnasio y por ahí, por las calles, mucho antes de comenzar a bailar debajo de estas luces.

Muhammad Ali

*Todo el mundo tiene un plan.
Hasta que recibe un puñetazo en la cara.*

Mike Tyson

Primera parte

Avión

A 37000 pies por encima de todo

Volando de noche desde Milán en dirección sur tal vez no es la primera cosa que ves, pero seguro que es la primera cosa que notas: las luces del puerto de Livorno. Eso si el vuelo se dirige a La Spezia, pues si por algún motivo el piloto o quien lo decida pone rumbo a tierra, el pasajero no volverá a ver nada más una vez pasada Parma. Todo oscuro, hasta que por las ventanillas de la izquierda comienzan a despuntar las luces trémulas y difusas de la pista de Lamezia Terme. En ese punto, el avión girará noventa grados al este para alinearse y entonces volverá la oscuridad por una y otra parte, dado que aquí anochece muy pronto.

Debajo de la panza del Airbus A319 easyJet estaba el mar Tirreno, pero Gori Misticò no podía verlo, y la verdad era que tampoco estaba interesado. Se había pasado todo el viaje dormitando y, pese a que la azafata lo había sacudido con delicadeza para despertarlo, aún no estaba espabilado del todo. Al salir el tren de aterrizaje se oyó el estruendo del engranaje que dejaba caer las ruedas centrales, y, menos evidente, el de las ruedas anteriores. Luego, a pocos minutos de aterrizar, las luces de la cabina se apagaron, momento en el que siempre había por lo menos un pasajero que, ignorante de que aquello era ni más ni menos que un procedimiento normal, aguzaba el oído y volvía la atribulada vista a uno y otro lado buscando un poco de seguridad.

El subteniente de los carabinieri en excedencia Gori Misticò podía comprender y justificar todos los miedos, salvo el miedo al avión. A ver, una cosa, si te da miedo el avión, no te subas. Pero, si al final te convences y subes,

¿quieres explicarme qué sentido tiene que continúe dándote miedo? ¿Crees que el avión no se va a caer porque tú lo temas? ¿Que tus conjuros te garantizarán un aterrizaje seguro del todo? ¿Que convencerás al piloto para que dé media vuelta? Puesto que ya estás arriba, mejor será que lo disfrutes, ¿no? Podrían ser las últimas horas de tu vida; ¿vale la pena arruinártelas con la angustia de que de un momento a otro te vas a estrellar en el mar o contra una montaña? Mira por la ventanilla, disfruta del panorama. Total, antes o después, por accidente aéreo o por vejez, o por un celular conducido en sentido contrario o por una bala perdida, tú también tendrás que irte.

«Ah, sí, antes o después nos iremos todos», pensó fugazmente Gori Misticò, un pensamiento veloz que pasó por la superficie de su conciencia como un soplo de aire sobre la hierba. Todos somos muertos que de momento están vivos; así es como va esto. Los pasajeros de este avión, los del avión anterior y los del siguiente, el público de un concierto y el de un partido, los clientes del supermercado y los pacientes que esperan los resultados de sus pruebas. Naces y ya has contraído la enfermedad que te devolverá al sitio de donde procedes. Ocurrirá, eso seguro, por una u otra causa. De repente o después de una larga agonía. Por azar o por enfermedad. Por un resfriado sin importancia o, como en su caso, por un cáncer de próstata que, después de dos años de altas y bajas, esperanzas y desilusiones, pruebas invasivas y otras bastante molestas, falsos positivos y negativos, terapias prometedoras y terapias inútiles, quizá estaba a punto de emprender la cuesta abajo de la metástasis. ¿Vale la pena atormentarse? Y, en general, ¿vale la pena venir a este mundo? Eso se preguntaba Gori Misticò mientras las luces de la cabina no querían saber nada de volver a encenderse.

—Disculpe, ¿dice usted que va todo bien? —le preguntó el vecino de asiento, un señor mayor, de poco más de metro y medio, que en todo el viaje no se había quitado el

gorro, una boina de paño oscuro y grueso con la que parecía sacado de un anuncio de la emigración del Aspromonte—. Las luces se han apagado. ¿Hay que preocuparse?

Gori Misticò levantó la vista del *Topolino*^[1] comprado en Linate, miró a su vecino con un interés moderado, le tomó un poco la medida y le sonrió. Concluyó que el hombrecillo había ido a visitar a su hija al norte y que ahora regresaba a casa. Llevaba un año sin verla y le había traído unos quesos provole, quizá una sobrasada y unos tomates secos. Y también una botella de aceite, claro que sí. Estaba feliz de verla, pero luego no veía la hora de volverse al pueblo, porque con la llanura lombarda no sabía orientarse. En su pueblo, saber dónde se encontraba uno era cosa de un momento; no se necesitaban ni mapas ni brújulas: de una parte, la montaña; de la otra, el puerto deportivo. Además, como su yerno era de la Italia del norte, confianzas había pocas y hasta los vecinos del edificio lo miraban como si acabara de salir de un documental en blanco y negro sobre la crisis de la ganadería.

Desde que había comenzado a coger aviones para pruebas y terapias, a Gori Misticò le gustaba fabular sobre la vida de sus compañeros de vuelo. Así se le pasaba mejor el tiempo.

Volvió a sonreírle.

—No, no se asuste —respondió—; están obligados a hacerlo.

—¿Y por qué están obligados? —preguntó el otro, con desconfianza.

—No lo recuerdo con exactitud, pero creo que es porque, si el avión acaba haciendo un aterrizaje de urgencia, los pasajeros distinguen mejor las luces en la oscuridad y se orientan hacia las salidas.

—¡Ay-Virgen-santa-coronada! —dijo el anciano, dominando el miedo—. Entonces, vamos a hacer un aterrizaje de urgencia.

–No. Esté tranquilo: aterrizamos con normalidad. Todo va bien.

–Es que me parece que vamos un poco bajos –dijo el otro atisbando por la ventanilla y, quién sabe cómo, calculando a ojo la cota.

–Mejor bajos que altos –lo tranquilizó Gori Mysticò–. Es como la tensión.

–¿Le molesta? –le preguntó tímidamente el vejete, y le puso una mano en la suya.

–Usted sírvase –respondió Gori un poco reacio–. Basta con que no apriete demasiado.

El vejete le sostuvo la mano durante todo el descenso. De tanto en tanto le enseñaba una sonrisa tensa, volvía la cara de la ventanilla a él y de nuevo a la ventanilla. Hasta que las ruedas no tocaron la pista y hasta que, por el efecto de los inversores de empuje, no se le presionó el bajo vientre contra el cinturón de seguridad, obligándolo a liberar el aire, no consiguió relajarse. Dio las gracias a Gori por el apoyo humano, después de lo cual, una vez pasado el terror, no volvió a hacerle el menor caso; es más, en el fondo de su corazón, no veía el momento de quitárselo de encima porque había quedado como el culo, y para remate delante de un desconocido. Se dirigió a toda velocidad hacia la puerta de salida y faltó poco para que perdiera la boina por el pasillo.

Mejor para él, que no se había enterado de que sentado a su lado iba un subteniente de los carabineros, si bien en excedencia, ni de que estaba enfermo de cáncer. O, quién sabe, quizá este segundo dato habría podido servirle para redimensionar el miedo al avión, dado que al final todas las valoraciones humanas son siempre relativas. Incluso el dolor, que, con toda probabilidad, de todas las unidades de medida, es la más proporcional. Sin embargo, el hecho ineluctable de tener que abandonar antes o después este valle de lágrimas no solo comporta dolor. La cuestión era mucho más sencilla, pensaba Gori Mysticò

mientras cogía la maleta de ruedas del portaequipajes, y podía explicarse con no menos sencillez: el hecho es que, cuando te mueres, el que te sobrevive cuenta tu historia como le viene en gana, sin que tú puedas objetar nada. Aunque dejes un recuerdo puro e imborrable, aunque hayas sido una joya de hombre que donaba la mitad de su sueldo a la beneficencia y ayudaba a cruzar la calle a las viejecitas, nada te garantiza que un chismoso cualquiera no se despierte una mañana contando las peores cosas de ti. Tal vez agarrándose a una sola y única cuestión, un error de juventud, una falta mínima, una manchita en tu currículum de ser humano, por lo demás impoluto, una infracción insignificante en el certificado de antecedentes penales. Quizá hasta un mero rumor. Y tú, que estás a tres metros bajo tierra, tienes que aguantarte. No puedes defenderte ni rebatirlo.

Exacto: eso es lo que te mosquea.

Esta vez, entre el viaje de ida y vuelta y la sesión de quimio, Gori Misticò había pasado un total de veintitrés horas en Milán. No era un récord. La otra sesión, quince días antes, la había despachado en poco más de diez horas. Esta se la tomó con calma.

—¿Echas de menos Calabria, subteniente? —le había preguntado Nicola Strangio, su médico del Instituto de Oncología de la calle Ripamonti. Inflaba la pera de caucho, con las gafillas medio caídas en la nariz.

Con esa pregunta, quería parecer interesado, cuando en realidad era solo un intento de llamar paleta al viejo amigo una vez más, cosa que lo divertía, quién sabe por qué oscura razón. La ventana del despacho daba a unos campos enormes e incultos a la espera de una licencia de obras que tardaba en llegar, una imagen que traía a la mente el tiempo pasado, las ocasiones perdidas.

–Pero ¿qué dices, doctor? –respondió Gori Misticò sin picar el anzuelo—. Llegué ayer y esta misma tarde me vuelvo. Ni cuenta me doy de que he salido de allí.

Un pitido. El doctor Strangio desinflaba el esfigmomanómetro después de leer los valores de la tensión. El rostro terso pero amarillento debido a una exposición plurianual a las luces de neón mostraba una expresión difícil de descifrar: podía ser desilusión, preocupación o escepticismo. Prefería el viejo aparato manual al medidor electrónico, ya que quería ser él mismo quien estableciera la mínima y la máxima; no una mierda de monitor que en teoría podía mostrar lo que le saliera de los mismísimos. La manecilla no miente nunca, sobre todo cuando la domina un ojo experto. Estaba, además, la cuestión de las pilas, el hecho de que el cadmio contamina y toda una serie de insignificancias que no vale la pena analizar en este lugar.

–¿Cómo está? ¿Alta o baja? –le preguntó Misticò.

–Mejor baja que alta.

–¿Qué respuesta es esa?

–Una respuesta vaga a una pregunta banal. Entonces, ¿echas de menos Calabria?

–¿Esa, en cambio, te parece una pregunta razonable? –le contestó Gori, fingiéndose despectivo.

–Contesta: ¿la echas de menos?

–¿Y si fuera así?

–Ya sabes cómo va –dijo el médico, guardando el aparato con sumo cuidado, con unos gestos parecidos a los del párroco cuando guarda los paramentos—. Vosotros, los del sur, ya sentís nostalgia de casa cuando todavía no habéis doblado la esquina. Y tú, Gregorio, eres la mejor prueba de que, en cuanto tenéis ocasión, os volvéis al terruño. Llegas por la mañana y te vas por la tarde.

–Claro, porque como tú ya eres padano... –replicó Gori Misticò, bajándose la manga de la camisa—. Oye una cosa, gran doctor: ¿tú crees que bastan veinte años de niebla para integrarte? Estos no te querían antes, no te quie-

ren ahora y no te querrán nunca. Para ellos eres y serás un paleta, por mucho que los cuides y los sanes.

–Para empezar, los años son veintidós –respondió el médico, yendo a sentarse detrás del escritorio de superficie laminada en blanco perla–. Y yo no tenía nostalgia de la patria chica ni siquiera antes. Yo salí pitando de Calabria y nunca se me ha pasado por la cabeza regresar. En Milán siempre me he encontrado bien y aquí quiero morir.

–Amén –dijo Misticò, fingiendo que bendecía por adelantado el cuerpo de quien lo cierto era que en aquel sitio era el médico que trataba de salvarlo del cáncer, pero, en general, era uno de los amigos de la infancia de Misticò, y, por tanto, no podía dárselas de fenómeno norteño, como le gustaba–. Pues ya me dirás cuándo te entierran para enviarte una bonita corona –concluyó.

–Nunca dejas de jugar a hacer el idiota. Ni siquiera en tu estado.

–Hablo en serio, doctor. Así que dime cómo estoy y libérame, porque tengo cosas que hacer.

–Estás como estás y eres el que eres –sentenció el médico como si fueran los resultados oficiales de la prueba.

Ya puestos, hasta garabateó una firma en un papel misterioso.

–¿Se supone que esto es un parte médico? –dijo Gori Misticò–. ¿Y la sanidad pública te paga?

–Se supone unos cojones, subteniente.

–No me llames subteniente todo el rato. Hace un año que soy un civil, ya lo sabes.

–Yo lo que sé es que todavía no te han aceptado la dimisión. Así que, para mí, carabinero eras y carabinero sigues siendo.

–Para tu información, la dimisión está aceptada, por supuesto. Falta la ratificación ministerial. Luego solo hay que esperar la liquidación.

–¿Seguro que te va a llegar a tiempo?

–Y yo qué sé. El médico eres tú. Si no me llega a tiempo, será porque no me has curado como se debe, y, en ese caso, aunque me haya muerto, se pondrá en marcha una buena denuncia por negligencia.

–¿Qué tal el viaje? –preguntó Strangio cambiando de tono.

Esa sí que era una pregunta interesada y pertinente. Tanto que al final Gori levantó la vista.

–¿A qué coño viene ahora lo del viaje?

–¿Ha sido cómodo?

–Me ha costado diecinueve euros, doctor –dijo suspirando Gori–. No esperaba que viniera la azafata a darme aire con un abanico de plumas de pavo real enano.

–¿Diecinueve euros? –Strangio puso un gesto de incredulidad.

–En efecto. ¿Te parece normal que un viaje en avión de Lamezia Terme a Milán no cueste ni 40 000 liras?

Strangio se limpió los cristales de las gafas con la bata.

–¿Por qué? –preguntó, como si le interesara–. ¿Es muy poco? ¿Es mucho?

–Si hubiera venido con el coche, habría tardado dos días y me habría gastado la mitad del sueldo. Y eso siempre y cuando no me estrellara contra un camión.

–Si te parece poco, podías haberles dado más –dijo el médico, volviendo a ponerse las gafas–. Firmas un buen cheque y les dices: «Pongan ustedes la cifra que les parezca apropiada, ya que a mí no me parece justo que pierdan dinero». De todos modos, no era ese el sentido de la pregunta. Quería saber si el viaje te ha cansado.

–¿Desde cuándo? Si, en cuanto me siento, me abrocho el cinturón y me duermo. No oigo ni las explicaciones de lo que hay que hacer si el avión se cae. Hasta que estamos a punto de aterrizar, no me despiertan.

–¿Y una vez que has aterrizado?

–Bueno, sí, ahí empieza otro viaje –respondió Gori Mysticò, porque al fin comprendía adónde quería ir a parar el

otro—. Eso sí que me cansa un poco. Tengo que coger el autobús número 37 hasta la línea roja del metro. Luego hacer transbordo y coger la línea amarilla. Luego tomar el tranvía número 24 hasta llegar aquí. Solo cuesta un euro con cincuenta, pero me lleva una hora y media si no hay tráfico.

—Exacto, eso es lo que yo quería saber —dijo Strangio, poniéndose de pie y apoyando las manos en el escritorio—. La próxima vez te coges un taxi. ¿Sabes cuánto hay de aquí al aeropuerto en línea recta? Seis kilómetros escasos. Menos de diez minutos, y has llegado.

—¿Cómo no! ¿Y el taxi me lo pagas tú? —respondió Gori, metiéndose primero una manga de la chaqueta y luego la otra.

—Acabas de decir que te parece barato el billete de avión. Pero, en vista de que eres tan roñoso, si quieres te lo pago yo de verdad. Al fin y al cabo, gano más que tú. A mí qué carajo me importa.

—Ya, y ¿por qué tengo que coger un taxi? —preguntó Gori Misticò con un tono despectivo—. Soy todo oídos.

—Porque llegas hecho polvo y luego debes ponerte la quimio; por eso —respondió el médico, agresivo—. Y que tenga que ser yo el que dé justificaciones a esa cabeza dura...

—Me lo pensaré para la próxima —concedió Misticò—. Anda, espabila y dame la receta, que, si no, te va a tocar pagarme otro billete de avión, porque ya me estás haciendo perder el mío.

—Estoy por desear que se caiga —dijo Strangio, acabando de rellenar el papel. Y Gori se lo arrancó de las manos.

—Tienes más posibilidades tú de estrellarte con el coche cuando vuelvas a casa —le replicó.

El amigo médico lo acompañó hasta la salida del ambulatorio.

—Haz menos el gilipollas y la próxima vez procura llegar puntual, que, aparte de ti, tengo otros pacientes —le